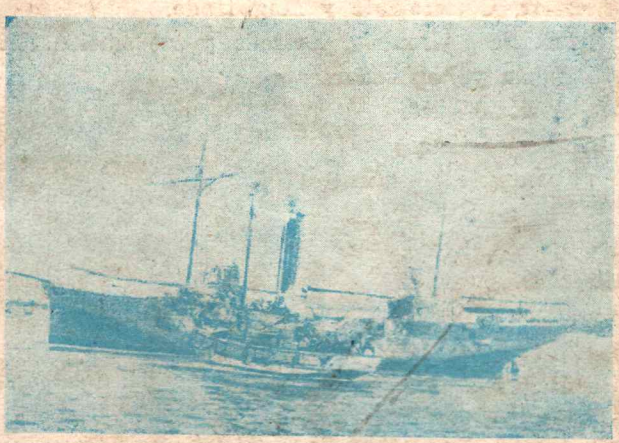
CESAR PINTOS DIAGO

EL ABORDAJE DE LA CAÑONERA "ARTIGAS"

EPISODIO HISTORICO DE LA REVOLUCIÓN DE 1897



Montevideo
Claudio García, Editor
Sarandí 441
1930

LUIS ALBERTO DE HERRERA

SU VIDA - SUS OBRAS - SUS IDEAS

1 Tomo de 450 págs.

Dentro de breves días aparecerá «Luis Alberto de Herrera», biografía documentada de un ciudadano que ha luchado cuarenta años por el afianzamiento de la Democracia en el Uruguay y en la América entera. Los capítulos de esta obra se titulan:

El linaje de Herrera.
Iniciando la lucha.
Tribuno, Periodista y Revolucionario.
Escritor, Comerciante y Magistrado.
Diplomático, Cronista, Letrado y Revolucionario.
Periodista y Legislador.
Labor Sociológica.
Internacionalista.
Acción Parlamentaria.
Ciudadano Paraguayo.
Reacción Cívica.
Constituyente.
Caudillo Civil.
Hombre de Estado.
Conductor de Multitudes.
Demócrata.
Síntesis.

La obra consta de más de cuatrocientas páginas de nutrido material, estudiando la intensa vida del gran Repúblico, en forma expositiva.

Editada por la casa Claudio García, Sarandí 441, Montevideo.

EL ABORDAJE DE LA CAÑONERA "ARTIGAS"

DEL MISMO AUTOR:

ANÉCDOTAS DE SARAVIA (Agotado)
LUIS ALBERTO DE HERRERA

EN PREPARACIÓN:

EL LIBERTADOR LAVALLEJA
EPISODIOS HEROICOS

César Píntos Diago

EL ABORDAJE DE LA CAÑONERA "ARTIGAS"

EPISODIO HISTORICO DE LA REVOLUCIÓN DE 1897

E 21

Montevideo
Claudio García, Editor
Sarandí 441
1930

Al doctor Luis Alberto de Herrera, que me estimuló a escribir este opúsculo; al señor Ventura P. Gotusso, promotor y organizador del abordaje de la «Artigas», y al señor Gregorio García Tabárez, actor del viril episodio, con las expresiones de mi profundo agradecimiento, porque todos y cada uno de ellos constituyeron para mí preciosa fuente de información.

El Autor.

Montevideo, Junio 19 de 1930.

PRIMER JEFE DE LA EXPEDICIÓN

Capitán Alberto Suárez

En la hora augural de nuestra primera centuria de nación libre y constituída, fuerza es rendir pleito homenaje a los altos valores raciales que constituyen el nervio de nuestra nacionalidad; fuerza es atemperar las pasiones partidistas, serenar los espíritus, y, sin agravio para nadie, exaltar las virtudes de los tipos representativos del valor que caracteriza al solar nativo, pertenezcan al bando que pertenecieren. ¿No es hora, acaso, de hacer resurgir de entre los escombros del pasado las figuras de aquellos que en el trágico escenario se destacaron con valores que, más que propios, son valores de la raza?

Forjadores de patrias, con todos los defectos inherentes a su constitución étnica, a su grado de cultura, al determinismo del ambiente en que se agitaron persiguiendo sacros ideales; forjadores de democracia, con las impulsiones instintivas propias de la raza, esos hombres merecen nuestro respeto y nuestro acatamiento.

En el reloj de la historia dobla la metálica campana que nos anuncia la primera centuria de libertad, y sus toques deben conmover por igual a tirios y troyanos. Del conjunto heterogéneo, destaquemos los valores

auténticos — honra y prez de la raza, no de ningún bando — que con el músculo y la fiebre de arraigadas convicciones, dieron granítico cimiento a la nacionalidad, valores no amenguados en la lucha secular, y que en ella acrecieron el común acervo de gloria. Pertenezcan al bando de los güelfos o de los gibelinos, ¿no debieran figurar en cívica cartilla, como ejemplos para las jóvenes falanges que se incorporan a la vida nacional, rasgos tan descollantes como aquél de los tres hermanos Valiente —tan bien apellidados— muertos en la acción de Coquimbo, espantando uno de ellos su caballo, pues no lo necesitaba para entrar al reino de Plutón, y exclamando el cuarto en el instante de la inhumación de los despojos de sus hermanos: «Entierran a los tres porque yo no estaba allí; si no enterrarían a los cuatro». Llenas están las páginas de nuestra historia — que desgraciadamente no se conocen bien — de tales ejemplos. Digno de parangón con las virtudes espartanas, es aquel adiós postrero que el patriarcal Bernardo G. Berro — heredero del nombre y las virtudes de su ilustre padre — daba a su hijo Teodoro, un adolescente de 18 años, muerto en la batalla de Aceguá: «Sangre de mi sangre, huesos de mis huesos, que todos los que lleven tu nombre sepan honrarlo tan bien como tú lo has honrado, y sirvan a tu patria tan bien como tú la has servido».

Y aquella arenga sencilla y profunda de Fausto Aguilar, refrendada en seguida por una carga

centáurica: «Sacarse los ponchos, muchachos, que en el otro mundo no hace frío».

La egregia figura de Leandro Gómez, inmolado ante el altar de la Patria, defendiendo como un león acorralado la bandera nacional, ultrajada por el atentado extranjero, y muriendo al fin con la estoica resignación de quien saborea de antemano las bienaventuranzas de la gloria, ¿no debía ser ejemplo de heroísmo, de entereza, entre los jóvenes orientales que sienten la vocación de la carrera de las armas?

Si rico es el acervo nacional en el orden militar, no lo es menos en el civil.

Ahí tenemos las figuras patricias de Francisco Antonio Maciel; de los padres Pérez Castellanos, Larrañaga y Larrobla; de Suárez, Vilardebó y Gomensoro; de los Berro, los de Herrera y los Ramírez; de Varela, Salterain y Rodó, y de tantos otros, cuyos nombres viven más o menos soterrados en el olvido.

Busquemos ahí — sin preguntar en qué bando militaron — la fuente de juiciosas inspiraciones, que bien abundosa la encontraremos. No desdeñemos ya por más tiempo lo que pertenece al patrio terruño, para abrazarnos emocionados a las exóticas experimentaciones. Nuestros libros escolares están llenos de anécdotas y relatos de extranjeros, y vacíos de cosas nuestras... Mucho tenemos que hacer en ese sentido. Cuando Joaquín Suárez dice: «No llevo cuentas a mi madre», refiriéndose a lo que el Estado le adeuda, escribe lacónicamen-

te un alto tratado de moral ciudadana. Cuando el doctor Carlos María Morales —triunfador fuera de fronteras — rehusa la rectoría de la Universidad de Buenos Aires, porque para ello debe renunciar la ciudadanía oriental, y no está dispuesto a hacerlo, nos ofrece un altísimo ejemplo de acendrado patriotismo. Inmenso era el honor para un extranjero, y el ingeniero Dr. Morales bien pudo aceptarlo, cuando hacía tantos años que estaba alejado de su patria. ¡Es que la llama sacra seguía ardiendo en su corazón, a pesar de la distancia de tiempo y de espacio!

El valor, la moral, el desinterés, el patriotismo, y otras mil virtudes, las veremos cuajar en los espíritus altivos de nuestros hombres, tanto en el período de la emancipación, como en el largo calvario recorrido para perfeccionamiento de la democracia. Negar esos valores, es cerrar los ojos a la evidencia, es negar la luz solar. Infancia dolorosa fue la nuestra: cruentos desgarramientos sacudieron la carne flagelada de nuestro cuerpo social; pero las virtudes raciales heredadas de los dos conglomerados étnicos de que procedemos — castellano y charrúa — jamás fueron desmentidas. La ideología que nos separa cívicamente en dos bandos tradicionales de imposible fusión, no debe llevarse hasta el extremo de seguir echando tierra sobre la memoria de los que descollaron en una u otra fila. El heroísmo no puede ser atributo exclusivo de un bando, ni el otro puede estar formado por simples pusilánimes. Si fuéramos a

impugnar el valor o las virtudes de los que tanto lucharon por la libertad — equivocados o no — a pretexto de que militaron en uno u otro de los partidos tradicionales, nos convertiríamos en un pueblo de cobardes. No tendríamos glorias. Y eso no es verdad.

Los viejos partidos tradicionales en que estamos divididos — y que ya dividían a nuestros libertadores antes de la Jura de la Constitución del año 30 — han realizado el esfuerzo fundacional de la libertad y de la democracia, y esta hora de paz y de progreso que vivimos, a ellos — buenos o malos — la debemos. ¿Y con qué derecho exigimos serenidad a los que actuaron en el terrible drama que abarca casi toda la centuria, cuando nosotros no la tenemos para apreciar las glorias que nos legaron?... Entremos serenamente al fondo del pasado; exalte cada partido las virtudes de sus héroes, sin ampulosidades, ajustándose a la verdad histórica; hagamos culto reverente a la patria tradición; y cesen ya los denuestos y el ensañamiento hacia los esforzados paladines que nos dieron el cimiento de lo que somos, y de lo que seremos.

* * *

Rica en escenas heroicas, la revolución oriental de 1897 es uno de los movimientos armados más culminantes del Partido Nacional, bajo muchos aspectos. Es, en primer término, la revolución más justificada, por cuanto obedeció a un desesperado clamor popular que pedía el desalojo de los sátrapas del poder, que dilapi-

dában los dinerós públicos en forma escandalosa, y conculcaban todos los derechos. Por ello llegó a merecer el dictado de Revolución Santá. Se caracteriza por la escasez dé elementos bélicos con que tuvo que obrar la columna redentora, que en cada combate se encontró con las municiones totalmente agotadas, lo que más de una vez ocasionó la pérdida de positivas ventajas conquistadas a costa de heroicidad; por la desproporción de sus fuerzas respecto de las enemigas; por la acertada dirección que le imprimieron sus comandantes superiores, general Aparicio Saravia y coronel Diego Lamas, burladores de ocho ejércitos gubernistas, cuyos generales salieron de la contienda con los entorchados empalidecidos, pues nunca pudieron conseguir una victoria definitiva sobre la reducida hueste revolucionaria; por los elevados sentimientos de humanidad para el vencido que puso en práctica, y que constituye, acaso, su primer galardón; por el estoicismo, la perseverancia, el denuedo y la pujanza de sus bravos soldados ciudadanos — bisoños en su inmensa mayoría — que jamás sintieron abatimiento, que nunca creyeron suficientemente grande su sacrificio, lo que les permitió obtener espléndidas victorias sobre un adversario más numeroso, y mejor pertrechado y disciplinado; por el sublime aliento patriótico infiltrado en sus hombres, que les permitió pasear la bandera de la Patria por llanos y por cumbres, hasta alcanzar una paz honrosa y promisora, de donde arrancan las libertades públicas hoy

alcanzadas. Ahí están, como luminosos jalones de gloria, la legendaria carga de Arbolito; el magnánimo triunfo de Tres Arboles; el sin par heroico asalto a la cañonera «General Artigas»; la escapatoria del círculo de agua y hierro de Cerros Blancos; la salvadora carga a lanza de Guaviyú; la temeraria toma de Rivera con un puñado de bravos contra enemigo inmensamente superior; la inteligente estrategia de Tarariras, y para coronar tanto heroísmo — después de siete meses de doloroso peregrinaje — sólo pedir una presidencia honrada y garantías electorales, para afianzar la paz...

El poeta cantará algún día, con lira estremecida de emoción, las hazañas viriles de la columna libertadora. El pintor arrancará colores a las radiantes auroras y a los ensombrecidos crepúsculos, para dar a las escenas de sus telas, vislumbres de gloria. El historiador y el sociólogo hundirán el bisturí analítico de su filosofía en el corazón de la masa redentora, y extraerán de la epopeya valiosos elementos para la Etica que debe regir a los hombres y a los pueblos. El músico encontrará preciosa gama de sonidos, desde el más tenue, que interprete la solemnidad de las profundas meditaciones de los instantes de dolor o de nostalgia, hasta el más bronco, que nos hable de la tormenta humana desatada, del rugir del cañón y la metralla, de las vibraciones de bronces y atambores que confunden sus ecos con los de la salvaje sinfonía del bárbaro entrevero. El escultor encontrará la arcilla a que sus manos darán

perfiles sugestivos, sintéticos, en los que precisará el rictus del dolor y de la gloria de los bravos combatientes. Algo se ha hecho ya de todo eso; pero aun falta mucho que hacer.

Dentro del esplendor del cuadro inmenso, se destaca el episodio que vamos a narrar, tal vez el más culminante de toda la campaña, por las circunstancias que lo rodearon, y porque su realización importaba una serena ofrenda anticipada de las vidas de quienes lo gestaron y consumaron.

La revolución tenía su comité organizador en Buenos Aires, encargado de arbitrar al ejército los elementos — siempre tan precarios — de que pudo disponer. Los miembros de esa junta benemérita — que aun no han recibido el justiciero homenaje que se les adeuda — vivían en continua zozobra para eludir el minucioso espionaje organizado por el gobierno uruguayo, que tenía noticias del movimiento que se preparaba. Estallada la rebelión con las invasiones de Lamas por el Sauce y de Saravia por el Norte, en los primeros días de Marzo, aquel espionaje recrudeció al extremo de que los miembros del Comité Revolucionario no daban un solo paso sin un verdadero cortejo de espiones. Ya no fueron suficientes las diarias reclamaciones que el gobierno oriental hacía al argentino para perseguir a los conspiradores; tampoco bastaba la acción del ministro uruguayo en Buenos Aires, doctor Ernesto Frías, que atentamente manejaba los hilos de una intrincada red de

EL PROMOTOR Y ORGANIZADOR DEL ABORDAJE

Don Ventura P. Gofusso

espionaje tendida por toda la ciudad y el litoral; preciso fue que se presentara a la escena un enviado especial, el general Tajes, con el propósito exclusivo de atender la bochornosa labor. Se llegó a introducir en los hogares de los revolucionarios, sirvientas encargadas de trasmitir al gobierno del Uruguay, cuanto oyeran, y cuanto vieran. ¡Hasta lo que se hablaba por teléfono!

Ya se habían librado las batallas de Arbolito y Tres Arboles, siendo absolutamente indispensable que el pequeño ejército revolucionario recibiera contingentes de hombres que estaban prontos para cruzar el Uruguay, diseminados en pequeños grupos, y que apremiaban al Comité Revolucionario solicitando armas y medios de transporte. Al mantenimiento de muchos de esos grupos, que poblaban el litoral, y las ciudades de Buenos Aires y La Plata, tenía que destinar el Comité parte de su reducido tesoro. Pero si urgente era el pasaje de fuerzas, mucho más lo era el de armas y municiones, angustiosamente solicitadas por el comando superior del ejército.

El gobierno de Idiarte Borda, que ya había sentido el formidable cintarazo de Tres Arboles, dándole la sensación de la capacidad de los ciudadanos en armas, y que sabía que la fuente de recursos de la revolución estaba en Buenos Aires, tomaba toda clase de medidas para anular las intenciones y desbaratar los planes del Comité. El Uruguay era atentamente vigilado por unidades navales y fuerzas de tierra. Entre las primeras

estaba la cañonera «General Artigas» que, acompañada por dos vapores menores, artillados, establecía esmerado servicio de vigilancia. Su fondeadero habitual era el puerto de Nueva Palmira; pero constantemente se movía con sus dos vapores auxiliares, recorriendo el río. ¡Para el Comité, aquel era un verdadero buque fantasma! En el seno de la corporación se estudió con detenimiento el asunto, tratando de desatar aquel nudo gordiano. Era imprescindible que la cañonera dejara el paso libre a las tropas y armamentos revolucionarios, que cada día hacían más falta en territorio oriental y que, de no llegar a tiempo, podrían malograr todo el éxito de la campaña. Se discutió intensa y serenamente, haciendo todos los cálculos de probabilidades. El primer punto tratado fue el del abordaje, que se desechó por no contarse con elementos suficientes para llevarlo a feliz término. ¡Si el Comité apenas era dueño de una débil embarcación, y un sólo cañonazo de la «Artigas» habría bastado para dar por terminada la empresa! Se trató entonces de buscar un barco de casco fuerte para darle una embestida a la «Artigas», y echarla a pique de un proazo. Se pensó que de ese modo hasta podrían salvarse los náufragos, reafirmando así el alto ejemplo de humanidad que habían dado ya los magnánimos vencedores de Tres Arboles. El señor Cayetano Pino, lanchero español, radicado en Montevideo, era dueño del remolcador «República», uno de los barcos de casco más fuertes de la matrícula uruguaya.

Sabiéndosele nacionalista decidido — siempre prestó muy importantes servicios a la causa blanca — se sometió el plan a su consideración, y él aceptó el cometido que se le confiaba. El señor Ventura P. Gotusso, que había sido designado por el Comité con amplias facultades para obrar en todo lo relativo a este asunto, se dirigió a la Boca — el popular y heterogéneo barrio bonaerense, que por esa época presentaba el aspecto de un emporio de gente de todos los linajes — en busca de diez hombres de mar que estuvieran dispuestos a correr una arriesgada aventura. Una persona de su confianza, y conocedora del terreno que pisaban, le introdujo en aquel ambiente en que actuaban tan extraños personajes. Los barcos mercantes o de guerra que llegaban de ultramar iban dejando allí los residuos de sus tripulaciones: desertores, emigrantes, lobos de mar, contrabandistas, en suma: aventureros. No siempre es la paga el mayor incentivo para esa clase de gente; muchos van por la aventura en sí o por acrecer su fama de hombres valientes. Así fue que nada pidieron al señor Delegado del Comité, y se alistaron entusiastas, deseosos de correr la peligrosa aventura, sobre la que tampoco inquirieron detalles. No sabían lo que iban a hacer; pero estaban dispuestos a jugarse las vidas donde los llevaran. El señor Delegado los condujo al batallón Smith, donde el Comité tenía un buen número de revolucionarios prontos para marchar al teatro de la guerra, cuando fuera oportuna. Estaban acuartela-

dos en una barraca de la calle General Hornos, cerca de la Plaza Constitución. Allí quedaron los nuevos reclutados, esperando órdenes.

Cuando el señor Cayetano Pino quiso dejar el puerto de Montevideo, para dirigirse a Buenos Aires, se le detuvo. Necesario era orillar algunos escollos para no malograr la empresa. Pasaron algunos días, y la situación del Comité se hacía cada vez más angustiosa.

En esos instantes tan críticos se presentaron al Comité dos jóvenes desconocidos, y sin ninguna recomendación. Decían que tenían un plan para tomar la cañonera «General Artigas», de la cual habían desertado. Esos jóvenes se llamaban Alberto Suárez y Alberto Rodríguez. Suárez había nacido en Montevideo el 13 de Junio de 1876, descendiendo en línea directa de un guerrero de la independencia, el coronel José María Errasquin. Desde muy temprana edad había prestado servicios a la marina, primero en la Escuela de Torpedos del Tigre, después yendo a Inglaterra con subvención del gobierno argentino. Hubo de rehusar una beca que le ofrecía la escuela de maquinistas, por no hacer el sacrificio de renunciar su nacionalidad. Agregado a los astilleros de Armstrong, por recomendación especial del comodoro Rivadavia, allí permanece algunos meses. De regreso al Plata, llega a El Ferrol, donde tuerce la ruta, alistándose en un barco mercante que lo conduce a la China, de donde retorna después de varios meses de viaje por exóticos países. En Lisboa se embar-

ca para el Río de la Plata, donde ingresa en la escuadrilla oriental, yendo a prestar servicios en la cañonera «General Artigas».

Alberto Rodríguez había nacido en la ciudad de Canelones, el 21 de Abril de 1877. Su abuelo materno, también guerrero de la independencia, se llamaba Juan Carballo. Desde principios de 1894 prestaba servicios en la «Artigas». Cuando se llevó a cabo el asalto a esta nave, Rodríguez no había cumplido aún los veinte años. Suárez tampoco había cumplido los veintiuno. ¡Dos adolescentes iban a rubricar la más brillante página de los anales marítimos del Río de la Plata!

Ambos jóvenes habían figurado, pues, hasta pocos días antes de presentarse al Comité, en la dotación de la «Artigas», en calidad de guardias marinas. Allí habían trabado amistad, fuertemente ligada por comunes aspiraciones e idealidades. Siendo nacionalistas, debió trabajar hondamente en sus espíritus la idea de que sus hermanos de causa se estaban desangrando en los campos de batalla, mientras ellos servían al gobierno impidiendo el transporte de armamentos y gente. Nadie mejor que ellos podía saber el inmenso mal que la cañonera ocasionaba a los revolucionarios. Decidieron desertar, y así lo hicieron la noche del 22 de Marzo de 1897, echando al agua un bote de la «Artigas», en el que fugaron. Remando hacia el Oeste, trataron de internarse en uno de los muchos canales que a esa altura forma el Paraná, algunas de cuyas bocas estaban

allí cerca. En el silencio y la oscuridad de la noche realizaron un verdadero esfuerzo muscular, sin descanso alguno; pero cuando amaneció el nuevo día comprobaron, con inmensa desazón, que aun tenían a la vista el fantasma de la cañonera. Siguieron remando, y, ya casi desfallecidos, los recogió un barco argentino, cerca de la Boca del Bravo. Trabajaron a bordo para pagar sus pasajes. Así llegaron a la gran capital del Sur.

Fácil les hubiera sido desertar por tierra en los días de licencia, e incorporarse a los revolucionarios en armas; pero comprendiendo que la eliminación de la «Artigas» sería de inmensos beneficios para la causa de sus amores, habían concebido el temerario proyecto de apoderarse de ella, si el Comité revolucionario les prestaba ayuda. Si ese proyecto se llevaba a cabo con felicidad, como ellos creían, los papeles quedarían invertidos: la revolución se vería libre del gran escollo que, como por obra de encantamiento, se convertiría en uno de sus factores más importantes.

Como unidad naval de guerra, la cañonera «General Artigas» era lo mejor que tenía el gobierno uruguayo de la época, y de pasar a poder de los revolucionarios, éstos habrían dominado el Uruguay con sólo agregarle algunos vapores menores y veloces, debidamente dotados y artillados. En tal hipótesis, ¿quién puede imaginar el resultado de aquella revolución? El sitio del Salto habría dejado de ser un simple aparato, y se habría hecho por agua y tierra, sin duda alguna toman-

do la ciudad, que hubiera servido de base de operaciones a la revolución. ¡Cuántas victorias dependían del apresamiento de aquel barco!...

Llegados a Buenos Aires, Suárez y Rodríguez solicitaron la ayuda del Comité Revolucionario — como hemos consignado antes — y fueron presentados al señor Gotusso, ante quien expusieron ampliamente su proyecto. El Delegado los escuchó con alguna desconfianza, creyéndolos espías; pero tal era el calor con que hablaban, que pronto dieron la sensación de que sus manifestaciones eran sinceras. Además, el señor Gotusso había conocido al padre de Suárez, dueño de la librería Antigua, ubicada en la calle 25 de Mayo a la altura de Treinta y Tres, en Montevideo. El padre de Rodríguez era mayordomo de un saladero del Cerro.

El proyecto de los jóvenes revolucionarios se concreta en pocas palabras: pedían diez hombres armados y una pequeña embarcación, aunque fuese a vela, que los condujera al costado de la nave gubernista, para tomarla por asalto. Conocedores de las costumbres de a bordo, manifestaban que la hora más propicia para proceder al abordaje, era el medio día. A esa hora la tripulación bajaba a dormir la siesta, quedando sobre cubierta solamente la guardia. Según decían, las armas quedaban en el armero, ubicado en el centro de la nave, sobre cubierta, de tal modo que, sorprendiendo las guardias, podían apoderarse de ellas antes de que la tropa tuviese tiempo de subir a cubierta. A pesar de ello,

al señor Gotusso le parecía aquella una aventura de muy dudoso resultado. Se celebraron varias conferencias, asistiendo a una de ellas el capitán del vapor «Rivadavia», señor Serafín Garrassino, que hacía la carrera Buenos Aires-Montevideo. El referido marino era oriental y nacionalista. Al principio le pareció aquello un proyecto de imposible realización; pero ante la fe inquebrantable de Suárez — Rodríguez era muy parco en el hablar — hubo de cambiar de opinión, dándola favorable al proyecto, aunque considerándolo sumamente arriesgado. Se llegó al fin a un acuerdo: en vez de los diez hombres pedidos por Suárez y Rodríguez, se utilizarían veinte. Como Suárez manifestara que entre sus relaciones encontraría algunos hombres de su confianza, quedó encargado de buscar diez. Los otros diez ya los tenía el Delegado en el batallón Smith.

Un joven oriental, revolucionario, que había pasado cerca de dos meses en las islas del Paraná, formando parte del batallón Leandro Gómez, había regresado a buenos Aires, llevado por una de aquellas requisas que hacía el gobierno argentino para satisfacer los insistentes pedidos del uruguayo. El capítulo de calamidades desarrollado en las islas Olivera y Ceibo, todavía no ha sido escrito. Es una verdadera página de horror y de estoicismo que vivieron los hombres de Núñez, esperando la hora oportuna de pasar a tierra uruguaya. Dos meses permanecieron esos hombres en las islas citadas, ubicadas en una y otra margen del Pa-

raná Guazú, inmediatas a la Boca del Bravo con el Uruguay. Hambre, insomnio, calor, picaduras de mosquitos — que formaban verdaderas nubes — y otras mil calamidades, fue el lote que les cupo en suerte. Para dar una idea de los tormentos allí sufridos, baste decir que todos estaban enmagrecidos, llagados, enfermos, y que un soldado ciudadano a quien se le ocurrió bañarse, fue atacado por los mosquitos en tal forma, al salir del agua, que corrió por los bosques, desesperado, perdiéndose de sus compañeros. Fue buscado entre la maleza, y al fin se le encontró; pero ¡en qué estado! Ya libre de las alimañas, lo hallaron sentado en una piedra dándose palmiadas en el cuerpo, en actitud de espantarse los mosquitos: había enloquecido. Poco después murió. ¡Naturaleza salvaje, la de aquellos lugares, sólo puede ser habitada por hombres de firme resolución, a quienes aliente un sagrado ideal! Cada poco tiempo aparecían por allí las torpederas «Paraná» o la «Maipú», naves de guerra argentinas que iban a disolver las fuerzas revolucionarias. Por eso habían dos campamentos: el de la isla del Ceibo y el de Oliverá. Muchas veces esas naves llevaron cientos de hombres a Buenos Aires; pero la perseverancia inquebrantable del Comité Revolucionario los volvía a las islas, después de crecidos gastos que no estaban en consonancia con su escuálido tesoro. Para dar una idea de los escasos recursos del Comité, consignemos este dato: en todo el movimiento revolucionario de 1897 no se alcanzó a in-

vertir cien mil pesos. El del Quebracho costó un millón. Es verdad que el Comité recibió muchas donaciones de ropas, armas, etc., destacándose en tan noble misión la señorita Carolina García Lagos, que presidía un comité de damas. Pero eso — que nada costó al Partido — no robustecía el tesoro. En una de esas requisas había llegado a la gran urbe el joven de quien nos ocupamos. Iba enfermo, a causa de las penurias sufridas en el Ceibo. Tuvo que internarse por más de dos semanas en un sanatorio, para restablecerse: tan calamitoso era su estado de salud. Ya en condiciones de cumplir su deseo de volver a las islas del Paraná o de cruzar el Uruguay en alguna expedición — más esto último que lo primero — se presentó al batallón Smith, a que ya hemos hecho referencia. Pidió hablar con el jefe de aquella fuerza, don Juan A. Smith. Una vez en su presencia, dijo que era uno de los soldados de Núñez, llegado enfermo a Buenos Aires, y que, ya restablecido, deseaba sentar plaza en aquella unidad, con la condición de ser incluído en la primera expedición que saliera para el Uruguay. En esa forma fue aceptado. Su presencia era la de un joven de veinte años, delgaducho, y de constitución física no muy fuerte. Allí permaneció otras dos semanas. Cuando Suárez y Rodríguez llegaron al batallón Smith a buscar hombres para la arriesgada empresa proyectada, la noticia corrió rápidamente entre los voluntarios. Entonces nuestro joven pidió venia para hablar con su jefe, a quien le exi-

gió el cumplimiento de su palabra. Quería formar parte de aquel contingente que por fin iba hacia el Uruguay. El coronel Smith trató de disuadirlo, diciéndole que se trataba de una aventura muy peligrosa, para la cual se necesitaban hombres de constitución física fuerte, y avezados a los peligros. Nuestro joven no cejaba en su intento, haciendo valer para ello la palabra que le había empeñado su jefe. Este tuvo al fin que ceder, y el animoso revolucionario formó entre los de la temeraria partida. Ese joven se llamaba Gregorio García Tabárez, hoy uno de los pocos sobrevivientes de la estupenda hazaña, a quien hemos descubierto después de un silencio de más de treinta años, que acrece el mérito de su actuación en aquella jornada. Nació en la Villa de San Carlos (departamento de Maldonado) el 25 de Mayo de 1876, y sus padres fueron don Gregorio García y doña Matilde Tabárez. Olvidado estaba el brillante episodio, sólo recordado y admirado por los amantes de la historia y la tradición. Un día se nos ocurrió recordarlo en público, organizando al efecto una conferencia, en homenaje a los héroes. ¿Quién podría llevar la palabra en aquel acto, con verdadera autoridad? Nadie mejor que don Ventura P. Gotusso, que había tenido en la empresa destacada actuación, en su calidad de Delegado del Comité Revolucionario, con amplias facultades del mismo para planear y ejecutar todo lo que a él concernía. Fuimos en su busca. Aunque este caballero es enemigo de exhibicionismos, no pudo sus-

traerse a nuestra solicitud, que le daba ocasión de rememorar hechos tan emotivos. Por circunstancias que anotaremos sucintamente, resultó el acto más interesante de lo que todos pensábamos.

El señor Gotusso nació en Montevideo el año 1860, y empezó a figurar en las filas del Partido Nacional, en primera línea, desde muy temprana edad. Cuando se nombró el primer Directorio, en él formó este caballero. Luego tuvo activa participación en todos los movimientos cívicos o guerreros de la colectividad, destacándose como incansable organizador. En la revolución del Quebracho figuró entre los ases. Desde 1887 a 1891 dirigió «La Epoca», valiente vocero del nacionalismo que combatió las tiranías. En 1891 fue una de las víctimas de la celada del 11 de Octubre, que hizo célebre al cuartel de Artillería de la Unión, donde se consumó el atentado. Emigrado a Buenos Aires, jamás decayó su espíritu de luchador, y estuvo siempre sacrificándose por la causa blanca. El 97 formaba parte del Comité Revolucionario, que le otorgó el honor de nombrarle Delegado, como ya lo hemos dicho, para organizar el abordaje de la «Artigas».

Hombre de negocios, fue el fundador de la luz eléctrica en Montevideo, conjuntamente con don Marcelino Díaz, estableciendo una usina que iluminó varias manzanas de la ciudad vieja, extendiendo después ese beneficio a la Avenida 18 de Julio. La empresa pasó más tarde a poder del Estado.

Estaba el señor Gottusso usando de la palabra ante un público bastante numeroso, cuando de pronto se levantó de entre la concurrencia un hombre de unos cincuenta años, bien conservado, correctamente vestido de negro, y pidió permiso para hacer una aclaración. Estaba muy nervioso, como quien ha luchado mucho entre hablar o guardar silencio. Todos los asistentes nos preguntábamos: ¿Quién es ese hombre? Nadie le conocía, y nadie se atrevía tampoco a lanzar la interrogación en alta voz. El hablaba con absoluto dominio de la materia, puntualizando muchos detalles interesantes. Entonces el doctor Luis Alberto de Herrera lanzó la interrogación que estaba a flor de labios de todos los asistentes al acto:

—¿Y usted cómo conoce todos esos detalles?

—Yo fuí uno de los asaltantes de la «Artigas» —respondió el interpelado— he concurrido a esta asamblea para oir el relato del señor Gotusso, y como en la parte en que a él no le tocó actuar veo que lo han informado mal sobre algunos detalles, no he podido contenerme.

Entre la concurrencia se cruzaron miradas de duda, de sorpresa, de interrogación, y se hizo un silencio espectante, esperando la palabra de aquel desconocido, que podía ser un audaz embustero o uno de los héroes de aquella jornada inmortal. Nuestro hombre volvió a hablar:

—Yo no quería decir una palabra. He venido con uno de mis hijos, para que oyera de otros labios el re-

lato del episodio en que le tocó actuar a su padre, así va aprendiendo lo que costaba ser blanco, en aquellos tiempos. Puedo, pues, dar hasta los más ínfimos detalles sobre el asunto.

—¿Su nombre?, insistió el doctor de Herrera.

—Gregorio García Tabárez, señor.

Al oir este nombre, conocido por todos los asistentes, la concurrencia le tributó un aplauso caluroso. Pasó a ocupar sitio en el estrado, y nos habló del episodio, con todos sus detalles, muchos de los cuales aprobó el señor Gotusso. Al preguntarle el doctor de Herrera por qué no se había hecho conocer antes, contestó modestamente:

—No había para qué. Eso estaba olvidado, y no debía yo salir a proclamarlo.

Esa noche, entre el entusiasmo de la concurrencia, y respondiendo a iniciativa del doctor de Herrera — que tanto ama la tradición — nació la idea de repatriar los restos de Suárez y de Rodríguez, y la de escribir este opúsculo, para dar a conocer profusamente una brillante página de nuestra historia, sin la menor duda la más brillante que se rubricara en aguas de nuestros ríos, y que tan olvidada la teníamos. De paso se salvarían algunos errores cometidos por la crónica ligera del primer momento, que dieron visos de novela a la estupenda hazaña. Pero volvamos a nuestro relato.

Ya listos los hombres que debían tomar parte en la expedición, salieron de Buenos Aires en dos grupos:

diez hombres capitaneados por Suárez y Rodríguez, — a quienes el Comité nombró jefes de la empresa, otorgándoles el grado de capitán — embarcaron en el «República Triunfante», un queche de poca importancia; los otros diez salieron con el señor Gotusso, en ferrocarril, hacia el Tigre, donde tomáron un vaporcito para ir al encuentro de los demás expedicionarios, que debían esperarlos en La Barca Grande, un canal del Paraná Guazú, ubicado no lejos de la confluencia de este río con el Plata.

Mientras esperaban al Delegado, los tripulantes del «República Triunfante» habían construído una especie de troje en forma de rancho, con astillas de leña, cubriendo con ella toda la borda del queche, y luego colocaron encima una lona encerada, dando así al velero el aspecto de una embarcación de leñadores, que abundan por aquellos parajes. Ese disfraz le permitiría acercarse a la «Artigas» sin despertar sospechas.

En el sitio convenido siguieron esperando al Delegado. Allí estaban Suárez, Rodríguez, Acuña — capitán de la cuarta compañía del batallón Smith — Rodríguez Rutter, García Tabárez, Pedretti, Goró, Castagnetto, Gaggero y Mayolo.

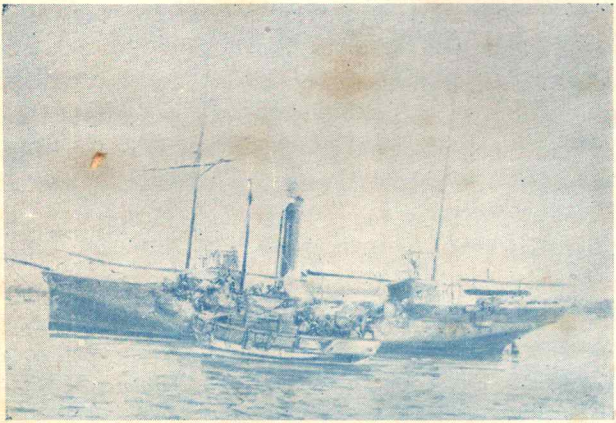
Hecha la conjunción de las dos diminutas fuerzas, se puso el velero a remolque del vaporcito del Delegado, y se remontó el Paraná Guazú hasta entrar en el canal del Ceibo. Allí reconoció García Tabárez los campamentos de Núñez, que tenían para él tan ingra-

tos recuerdos. En el interior de la isla del Ceibo, entrando a ella por un arroyuelo denominado Pereyra, se hallaba una extensa laguna rodeada de intrincada selva, que había servido para esconder las armas de los revolucionarios.

El canal del Ceibo — que no es otra cosa que uno de los muchos brázos del Paraná Guazú — se comunica con el Uruguay por la Boca del Bravo, frente a Nueva Palmira, y por otra confluencia más al Sur, distante unas doce millas de aquella población. En este último sitio iba a dejar el señor Delegado a los revolucionarios, el día 13 de Abril de 1897. Antes de despedirse repitió a los jefes Suárez y Rodríguez las instrucciones a que debían ajustar su acción, que eran éstas: al otro día, 14 de Abril a las doce horas, debían intentar el asalto, para lo cual remontarían el Uruguay hasta Nueva Palmira, donde se hallaba fondeada la cañonera y sus dos auxiliares el «Chapicuy» y el «Vigilante». En el caso de tomar la «Artigas», debían seguir remontando el Uruguay, hasta llegar a la confluencia del Gualeguaychú, donde los esperaba el doctor Enrique Masson, presidente del Subcomité Revolucionario de la ciudad que toma su nombre en el citado río argentino.

Este caballero había prestado importantes servicios a la revolución, suministrándole armas, vestuarios y otros efectos. Mantuvo a costa de su propio peculio —y era un hombre pobre— más de 100 revolucionarios durante

El abordaje a la Cañonera "GENERAL ARTIGAS"



(Cuadro de Roberto Castellanos)

varios meses, que luego envió a la isla del Ceibo, cuando se consideró oportuno el pasaje de Núñez. Acompañaban al doctor Masson varios oficiales de la marina argentina que, estando retirados del servicio, ofrecían desinteresadamente su concurso a la revolución oriental, obedeciendo a esa simpatía que siempre ha sentido hacia nuestra causa, el noble pueblo hermano. Esto se debía, también, a la influencia ejercida entre sus vastas vinculaciones por los doctores Golfarini y Morales. Luego debían seguir hasta Concepción del Uruguay, donde los esperaba el explorador argentino señor Ramón Lista, hombre de ciencia y de acción, que también ofrecía generosamente su concurso. El debía asumir la jefatura suprema de la empresa, una vez incorporado. El señor Lista había sido gobernador de la Tierra del Fuego, y había dirigido varias exploraciones científicas al Sur y Norte del territorio argentino.

Era casado con una hija del inspirado vate entrerriano Olegario Andrade, que en vibrantes estrofas cantó la gloria imperecedera de Paysandú. Por ese enlace, era el señor Lista pariente del doctor Carlos María Morales, que había desposado a otra hija del autor de «Nido de Cóndores». En consecuencia, era el señor Lista persona de toda confianza del Comité Revolucionario, en el que también formó, con actuación descollante, el doctor Morales. Este plan evidencia que la empresa no era una de esas aventuras descabelladas, sino que se habían tomado todas las medidas para que rindiese es-

pléndidos frutos. El señor Lista era hombre capaz de dar gran impulso a la hazaña que se gestaba. Tiempo después fue asesinado en una selva salteña, mientras realizaba una exploración.

Una vez que el Delegado del Comité dió las instrucciones a Suárez y Rodríguez, el primero de éstos hizo formar su pequeña tropa, y recién les informó del papel que debían desempeñar. Manifestó que el que quisiera volverse a Buenos Aires podía hacerlo; pero nadie se movió de las filas. Entonces el señor Gotusso se despidió de los expedicionarios, y volvió por el canal del Ceibo a ubicarse en la Boca del Bravo, sobre el Uruguay, frente a Nueva Palmira, en espera de los acontecimientos. Allí estaba la cañonera «Artigas», al alcance de su vista, que iba a ser teatro de una escena gloriosa. El Delegado permaneció en aquel paraje, ocultándose todo lo posible, porque las autoridades uruguayas no vacilaban en tomar cuanto barco sospechoso anduviera por esas inmediaciones, aunque para ello fuese necesario invadir aguas argentinas. Fácilmente se eludían responsabilidades diciendo que la captura se había realizado en aguas orientales. Por aquellos parajes no había vigilancia alguna de las autoridades argentinas, lo que ofrecía impunidad a las uruguayas. Volvamos al pequeño grupo de héroes que iban en camino de cubrirse de gloria, y conozcamos sus nombres, nacionalidades y profesiones: Alberto Suárez, oriental, marino; Alberto Rodríguez, oriental, marino; Tomás

Rodríguez Rutter, argentino, marino; Gregorio García Tabárez, oriental, comerciante; Feliciano Goró, oriental, marinero; José Castagnetto, oriental, marinero; Pedro Risso, oriental, marinero; Agustín Mayolo, oriental, marino; Víctor Pedretti, oriental, pintor; Claudio Acuña, chileno, marino; Miguel Cardozo, argentino, marino; Pedro Lara, nicaragüense; J. Aguirre, marinero; Nicolás Gaggero, italiano, vaqueano de los ríos; Conrado von Eichstedt, alemán, soldado,; Héctor Boneti, italiano, carpintero; Juan Müller, alemán, foguista; Miguel Aguirre, chileno, marinero; Ricardo von Drostt, alemán, foguista; Luis Rosso (a) «Lungo», italiano, marino. Total: veinte hombres. (1)

Veamos ahora la cantidad de enemigos que estaban en la «Artigas», y los elementos bélicos de que disponían: La nave gubernista tenía a su bordo 40 individuos de tropa, 10 de máquinas, 2 jefes y 4 oficiales; total: 56 individuos. Estaba artillada con dos cañones Krupp de 75, dos cañones Nordenfield, de 75, dos ametralladoras Canard y munición en abundancia. Tenía, además, el siguiente armamento: 50 máuseres rifles, 50 carabinas con 5.000 tiros; cuatro remingtons carabinas con 150 tiros; 10 revólveres, 10 sables de abordaje y 4 lanzas. Cerca de su fondeadero estaban —como ya lo dijimos— el «Vigilante» y el «Chapicuy», cuya dotación y armamento no hemos podido conocer. El queche de los revolucionarios llevaba el siguiente armamento: 12 revólveres, cuya calidad no debía ser muy superior, dado el cos-

(1) Luis Alberto de Herrera, «Por la Patria».

te de quince pesos papel que le asigna Luis Alberto de Herrera en «Por la Patria», quien debió ilustrarse para dar ese detalle en los libros del Comité Revolucionario; 15 carabinas y algunos machetes de los que se usan para cortar caña de azúcar. Indiscutiblemente, en todo había desproporción. Un débil barquichuelo iba a asaltar a una nave artillada, bien dotada de hombres, armas y municiones, que tenía, además, otros dos barcos menores que podían acudir en su socorro. Pero la desproporción de las fuerzas sería suplida por el coraje y la decisión, como tantas veces ocurriera en la jornada de 1897. Y para agregarle gloria, el asalto se iba a llevar a cabo en pleno día, cuando el sol irradiaba todo su esplendor en la bóveda celeste.

Nuestros héroes empezaron a remontar el Uruguay; pero el viento no les fue favorable, y no pudieron realizar el abordaje el día 14, según estaba proyectado. El Delegado, que hemos dejado en la confluencia del Uruguay y el Bravo, debía permanecer con los fuegos encendidos por cualquier eventualidad. Con inmensa angustia vió pasar la hora convenida del asalto, sin que aparecieran los revolucionarios. Siguió esperando hasta que llegó la noche. Su angustia subió de grado cuando el práctico le comunicó que el carbón se agotaba. Pidió combustible a un barco que pasaba, y lo obtuvo en pequeña cantidad. Pidió a otro, y sólo le dieron una bolsa. Llegada la noche, ya contando sólo con el carbón indispensable para regresar, y pensando, además, que los re-

volucionarios hubiesen sido apresados, se dirigió al Tigre en busca de combustible y de noticias. Mientras tanto los expedicionarios seguían remontando el Uruguay, llegando frente a Nueva Palmira recién en la mañana del día 15 de Abril. Ya cerca de la cañonera, Suárez reunió su gente, y la distribuyó en cuatro grupos de cinco hombres cada uno, que debían obedecer las órdenes de Alberto Rodríguez, Claudio Acuña, Tomás Rodríguez Rutter y el mismo Suárez. Este último grupo sólo constaba de cuatro hombres, pues el práctico debía quedar a bordo. Suárez había elegido para sí los tres hombres más jóvenes y de aspecto físico más débil. Eran ellos: Víctor Pedretti, Gregorio García Tabárez y José Castagnetto. Producido el asalto, los tres primeros grupos debían avanzar en este orden: uno hacia popa, otro hacia proa —a rendir las guardias— y el último hacia el centro, a tomar las armas. Suárez debía permanecer sobre la cubierta del queche, para hacer fuego con su gente sobre el punto que señalasen las eventualidades de la lucha que se iba a entablar, o para correr al sitio que necesitase su ayuda. Ya veremos cómo tuvo que modificarse este plan.

El velero de los revolucionarios se acerca a la «Artigas» muy lentamente, bordejeando, como si fuera a entrar al puerto, sin apuro alguno. Su tripulación iba oculta debajo de la lona encerada que cubría parte de la troje de leña que le servía de difraz, y sólo el práctico iba sobre cubierta para dar la señal del asalto cuando

el momento fuera oportuno. Así se aproximan los revolucionarios a la nave gubernista, cuyas guardias han visto al velero; pero sin sospechar de lo que se trata. Cuando el queche estuvo ya próximo a la «Artigas», el práctico dejó que la corriente lo acercara del todo, por lo que un marinero de la guardia gubernista le gritó:

—¡Eh, patrón; que se me viene encima!

A lo que el otro contestó:

—No. La corriente me saca.

Lo que iba a hacer la corriente en pocos segundos, era unir las dos embarcaciones.

En este instante el práctico del velero dió el grito de «bola», que era la señal del ataque. Los revolucionarios salieron de su escondite; pero se encontraron con una terrible contrariedad: entre una y otra nave aun había un espacio de doce o quince metros, y no podía procederse al abordaje. Las guardias de la «Artigas» dieron la voz de alarma, y comenzaron a hacer fuego sobre los del «República Triunfante», quienes respondieron enérgicamente, trabándose un combate de nutrido tiroteo. Otro gran contraste debemos anotar aquí; las armas no estaban en el armero, como de costumbre, sino que cada marinero de la cañonera había bajado con la suya al brazo. Esta contrariedad se debe, posiblemente, a la denuncia de uno de los conjurados de la Boca, que después de alistarse no apareció. Se sabe que a bordo de la «Artigas» se había recibido un telegrama

de Montevideo en el que se comunicaba el proyecto de asalto, y se encaraba tomar las precauciones del caso. Por esta razón, tan pronto se produjo la alarma a bordo de la cañonera, los marineros salían a cubierta haciendo fuego sobre los asaltantes.

Pocos segundos después de iniciado el fuego, empezaron a funcionar los bicheros, uniendo las dos naves. Por un portalón de babor empezaron a subir los revolucionarios a la «Artigas». Debido al contratiempo que antes hemos anotado, ya no fue posible cumplir el plan en proyecto, pues los segundos eran preciosos, siendo indispensable aprovecharlos con rapidez y energía. Suárez fue el primero que entró por el portalón, y cuando dió los primeros pasos, —no más de dos o tres— cayó con el corazón partido de un balazo. A muy poca distancia de él, cayó en seguida Rodríguez, también herido de muerte en la víscera noble. Muertos los dos jefes de la empresa, de hecho quedaron en la misma calidad, Rodríguez Rutter y Acuña, poco antes designados jefes de grupo. El combate se intensificaba, pues los gubernistas presentaban porfiada resistencia, acrecida por instantes, a medida que subían a cubierta los marineros. Allí estaba el teniente Gradín, haciendo proezas desde que se inició el tiroteo, hasta que pagó con su vida el estrago que había hecho en las filas revolucionarias. Más allá, haciendo fuego con un winchester, estaba el comandante Risso, salido a cubierta a medio vestir, y que pronto también fué derribado de un terrible hacha-

zo en la cabeza, perdiendo el sentido. Antes había sostenido porfiada lucha, cuerpo a cuerpo, con el álemán von Eichstedt, quien resultó con dos heridas. La tropa gubernista repelía el ataque con energía. Los revolucionarios, por su parte, dieron muestra acabada de su entereza; cuando estuvieron descargadas las carabinas y los revólveres, los arrojaron sobre cubierta, y los machetes de abordaje empezaron a desempeñar su trágico papel, entablándose una terrible lucha cuerpo a cuerpo. Caídos Gradín y Risso, y sin haber entrado en combate el segundo comandante, Ramón Tajes, por habérselo impedido los revolucionarios, ya dueños del portalón que daba acceso a la cubierta, los gubernistas gritaron que se rendían, a lo que respondieron los revolucionarios mandando parar el fuego.

Inmediatamente se procedió a desarmar a la tropa rendida, y a custodiarla. Luego se atendió a los heridos de uno y otro bando. Allí estaban, cerca del portalón de babor, Suárez y Rodríguez, los dos gestores y ejecutores de la tremenda hazaña, durmiendo el eterno sueño en brazos de la gloria. Más allá, el alemán von Drostt, el teniente Gradín, Aguirre y otros. Heridos de gravedad estaban el comandante Risso y Castagneto. Habían otros heridos leves. Uno de los marineros gubernistas que se hallaba de guardia en el momento del asalto, se había arrojado al agua, buscando así su salvación. Pereció ahogado. Es posible que otros hayan corrido igual suer-

te, con el propósito de evitar el peligro que representaba el decidido ataque de los revolucionarios.

El aspecto de la cubierta —reducido escenario— era espantoso. La sangre corría abundante, hasta bajar por la borda. Recordándolo, nos dice García Tabárez:

—¡Nunca pasé noche más horrible! Cuando se rindió la tripulación gubernista, muchos creyeron que iban a ser sacrificados por nosotros, y se apretaban a nuestros pechos implorando clemencia, y manchando de sangre nuestras ropas. Luego curamos a los heridos, metimos a los muertos en lonas enceradas, que cosimos, tarea que alternábamos con la guardia de honor, y con el trasbordo de armas y botín de guerra. Ese trajín nos ensangrentaba cada vez más, dándonos aspecto de facinerosos. Nuestro calzado estaba encharcado de sangre. ¡Algo espantoso! La obsesión de aquel espectáculo nos duró muchos días.

Aquella espléndida victoria no fué manchada, felizmente, por ningún exceso. Los revolucionarios trataron con toda consideración a los prisioneros, curaron los heridos adversarios, y rindieron iguales honores a los caídos de uno y otro bando. ¡Acciones dignas de magnánimos triunfadores! El alto ejemplo de humanidad dado por Lamas en Tres Arboles, tuvo encomiable ratificación sobre la cubierta de la «Artigas». Es que la misión de los revolucionarios de 1897 era la de vencer tiranuelos, no la de ensañarse con hermanos vencidos. ¡Hermosa página de nuestras turbulentas disenciones,

que no ha sido incorporada a la historia nacional, porque —como dice Saviniano Pérez— en una centuria de vida independiente sólo se ha hecho Patria colorada, Historia colorada, Escuela colorada!

El pueblo de Nueva Palmira al sentir las detonaciones había corrido a los muelles —distantes unos doscientos metros del trágico escenario— presenciando el combate.

¿Y el «Chapicuy»? ¿Y el «Vigilante»? ¿Qué rol habían desempeñado en la contienda?... Después de hacer algunos disparos sobre los asaltantes, habían emprendido vergonzosa fuga. El «Vigilante» ya estaba acostumbrado a esas retiradas *estratégicas*, pues lo mismo había hecho cuando encontró a la expedición de Lamas —integrada por veintidós hombres— y ahora, según la feliz expresión de Luis Alberto de Herrera, había encontrado «gemelo de vergüenza» en el «Chapicuy».

La Cruz Roja de Nueva Palmira se dirigió a la nave apresada, en varios botes; pero los revolucionarios, temiendo que se tratara de una emboscada de las fuerzas gubernistas de tierra, que intentaban recuperar la cañonera, la mandó retirar. Inmediatamente se pasaron al queche «República Triunfante» —de nombre tan adecuado— las armas y botín de guerra que se encontró a bordo de la «Artigas», pues ésta estaba con los fuegos apagados, y se temía un ataque de las fuerzas gubernistas destacadas en Nueva Palmira. Realizado este trabajo, el queche empezó a navegar hacia la boca del Bra-

vo, buscando aguas argentinas. Un bote de la cañonera bajó a tierra al comandante Risso, y a otros heridos del gobierno, entregándolos a las autoridades. A bordo se montaron guardias de honor, junto a los cuerpos de los caídos.

Al oscurecer levó anclas la nave apresada, ya con la bandera revolucionaria al tope, siguiendo el mismo derrotero que el «República Triunfante». ¿Por qué siguieron los revolucionarios por el Paraná Guazú, en vez de remontar el Uruguay, como era lo convenido? La respuesta es muy sencilla: Suárez y Rodríguez, jefes de la expedición, eran los únicos que conocían el derrotero a seguir, y se llevaron su secreto a la tumba. Los nuevos jefes, Acuña y Rodríguez Rutter, carecían de instrucciones, y lo primero que intentaron fue dejar aquel puerto, donde la nave podía ser recuperada de un momento a otro. Supusieron que la salvación estaba en las aguas argentinas, y por ellas entraron.

Otra interrogación: ¿Por qué no se persiguió al «Vigilante» y al «Chapicuy», a los que pudo darse caza mediante la mayor velocidad de la «Artigas», y la acción de los cañones? Si esto se hubiera intentado, la empresa hubiera sido coronada por el mayor éxito, pues subiendo por el Uruguay se hubieran encontrado los revolucionarios con el doctor Masson, que conocía el derrotero a seguir.

¿Cuántos triunfos hubiera conquistado la revolución del 97, de haber contado con esos tres vapores?....

Cuando la «Artigas» se internó por el Paraná-Guazú, encontró un barco argentino, el «Golondrina», al que los revolucionarios solicitaron auxilio para sus heridos. El médico de a bordo pasó a la cañonera, curó a los heridos, les dejó medicinas y se reembarcó en su nave, que estaba al costado de la «Artigas». Al partir los navíos en distintas direcciones, los pasajeros y tripulantes del «Golondrina» vivaron a la revolución oriental, y a los héroes de aquella jornada. Ese fue el primer homenaje a la temeraria acción. Siguió la cañonera hasta encontrar al velero, al que puso a remolque. Luego llegaron a la isla de las Botijas, donde enterraron los muertos. Los habían envuelto en lonas enceradas, que cosieron cuidadosamente, y habían hecho rústicas cruces con listones de a bordo. De los revolucionarios habían caído muertos: Alberto Suárez, Alberto Rodríguez, J. Aguirre y Ricardo von Drostt. Iba gravemente herido el oriental revolucionario José Castagnetto, que murió al otro día en Zárate, y heridos levemente un sargento gubernista y Conrado von Eichstedt, revolucionario. En aquella isla se abrieron varias fosas en un lugar altó donde no llegaban las inundaciones, paraje que indicó un isleño. En tres fosas paralelas sepultaron a Gradín, Suárez y Rodríguez, cubriéndolos con banderas nacionales. Es creencia de algunos asaltantes que Gradín fue el matador de Suárez, y Rodríguez Rutter el de Gradín. Sin embargo, allí dormían juntos los dos primeros su largo sueño de gloria, cubiertos por la misma bandera, y recibiendo idénticos honores. Cumplida la

piadosa misión, la «Artigas» se dirigió al puerto de Zárate, comandada por Acuña, mientras Rodríguez Rutter quedaba en el velero con ánimo de esconder las armas, y otros objetos tomados en el asalto. Entrada la cañonera a Zárate, Acuña solicitó auxilio a las autoridades argentinas para los heridos que llevaba a bordo.

El Ministro de la Guerra argentino ordenó al jefe del arsenal de Zárate que apresara a los tripulantes de la cañonera, revolucionarios y gubernistas. Así se hizo. Al desembarcar, el segundo jefe de la cañonera, —comandante Ramón Tajes— se despidió de Acuña, que llevaba la gorra del comandante Risso, de este modo:

—Adiós, capitán improvisado; ¡quién sabe si algún día no nos volvemos a encontrar!

Mientras esto ocurría, el Delegado del Comité Revolucionario, señor Gotusso, había llegado a Buenos Aires en busca de noticias. Ya cundía el pesimismo entre los miembros del Comité, suponiendo que los expedicionarios habrían fracasado en su empresa. Pero cuando el Delegado se disponía a salir otra vez rumbo a los canales del Paraná, recibió la visita del doctor Angel Golfarini, quien le comunicó que la «Artigas» estaba en poder de los revolucionarios, aunque ignorándose su paradero. Inmediatamente se trasladó el Delegado al Tigre con intención de embarcarse; pero se lo impidieron las autoridades. Entonces volvió a Buenos Aires, y conoció la última noticia, comunicada por el Estado Mayor de Marina: la cañonera estaba en Zárate, y el go-

bierno argentino había impartido órdenes de apresarla. Se hizo todo lo humanamente posible por reconquistar la nave. El Delegado, a fin de poder llegar a Zárate, pasó a formar parte de la Cruz Roja que presidía el doctor Leopoldo Scotti, y se incorporó a una delegación encabezada por el doctor Jacinto Casaravilla, en la que iba Gonzalo Ramírez (hijo), que tan eficaces servicios prestó a la revolución en aquellos tiempos. Cuando llegaron a Zárate, se encontraron con la bandera argentina izada en la nave. Ya no había otro camino que tentar su devolución haciendo valer los derechos de beligerantes de los revolucionarios. El señor Gotusso visitó a los prisioneros y a los heridos José Castagnetto, —revolucionario— y al sargento o cabo de cañón, gubernista, a que hemos hecho referencia antes. Castagnetto conoció al Delegado, lo saludó y expiró en su presencia. El estado del sargento era satisfactorio, y recibió la visita del señor Gotusso de mal talante; pero luego se mostró más comunicativo. El Delegado le dejó algunos recursos y se retiró, para ordenar todo lo necesario a fin de que Castagnetto fuese enterrado con decencia. La población hizo al extinto una sentida demostración: el comercio cerró sus puertas, formaron en el cortejo todos los coches de alquiler y particulares, y asistió numeroso público. Cuando el señor Gotusso pidió la cuenta de lo gastado, se le respondió que todo estaba pagado. ¡El pueblo hermano había querido tributar ese homenaje al noble caído! Entonces el Delegado inquirió da-

tos de Rodríguez Rutter. Supo que iba por el Paraná de las Palmas, uno de los mil canales que forman aquel dédalo inextricable del desagüe del Paraná. Se dirigió a la estación del ferrocarril, para marchar a Buenos Aires. En el andén encontró a Tajes, y se dirigió a él con ánimo de ofrecerle ayuda, si en algo la necesitaba. Cuando le preguntó si él era el comandante Tajes, éste, colérico, respondió:

—Yo no me llamo Tajes, porque ningún Tajes se deja quitar un barco del modo que nos han quitado la «Artigas»...

El Delegado llegó a Buenos Aires y se embarcó en seguida rumbo a las islas del Paraná, en busca de Rodríguez Rutter. En el camino encontró una torpedera argentina, que andaba en busca del queche. Siguió navegando el señor Gotusso, y encontró a Rodríguez Rutter que iba camino de encontrarse con la torpedera. Entonces puso al «República Triunfante» a remolque, y cambió de ruta. Tomó por el río Carabelas, rumbo al Tigre. En una isla del citado río vivía el señor Juan Muccicardi, a cuya casa llegaron a las dos de la madrugada. Allí escondieron las armas que conducía el queche, y siguieron hasta el Tigre. Cuando las autoridades argentinas fueron a revisarlo, estaba vacío. Entre el botín de guerra tomado por los revolucionarios figuraban cinco mil pesos de bonos del tesoro que el señor Rodríguez Rutter entregó al Delegado, y éste al Comité Revolucionario. Por intermedio de una casa de cambio se convirtieron esos valores, que distribuyó entre los

asaltantes sobrevivientes una comisión compuesta por el señor Leandro Gómez, el doctor Jacobo Z. Berra —tesorero del Comité— y el señor Gotusso. Correspondieron doscientos cincuenta pesos papel argentino a cada soldado, y quinientos a cada jefe.

Después de algunos trámites los prisioneros fueron puestos en libertad, y volvieron a Buenos Aires, siendo recibidos por el Comité Revolucionario, que les tributó merecido homenaje. En esos momentos los asaltantes se presentaron en corporación a ofrecer al señor Gotusso un recuerdo del episodio: le obsequiaron con un escudo oriental grabado en plata, que habían tomado de la cámara de la «Artigas». Concordante con este detalle que nos da el señor Gotusso, el señor García Tabárez nos relata que vió a Goró forcejeando por arrancar una chapa de plata incrustada en la madera de un departamento de la nave: era el escudo con que se obsequió al Delegado, hoy en poder de la familia de don Ignacio Risso.

Entre los muchos documentos que hemos tenido a mano para estudiar este hermoso episodio, figura una carta del doctor Rosalío Rodríguez —pariente de García Tabárez— que se hallaba en Buenos Aires por esa época, y que escribía a su familia, aunque sin firmar la carta para no comprometerse. Hemos hablado con varios parientes del Dr. Rodríguez, quienes han reconocido la letra de la carta referenciada, y su hijo, el doctor Julio Rodríguez Ramos, ha puesto en el dorso de ese do-

cumento esta testificación: «Certifico que esta es la letra auténtica de mi señor padre, don Rosalío Rodríguez. Abril, 20 de 1929. — J. Rodríguez Ramos». Un párrafo de esta carta dice: «Felicítalos a Gregorio y Matilde —los padres de García Tabárez— por el acto heroico del hijo que, como sabrás, fue uno de los asaltantes de la «Artigas». Me dijo el capitán Acuña, que hacía de jefe de la expedición después de la muerte de Suárez y Rodríguez, que García (Gregorio) se portó muy bien; que hacía fuego sobre la cubierta del buque como todos los demás». Más adelante agrega: «García está actualmente en la expedición Smith».

El mal era incurable: después de haber sufrido mil calamidades en la isla del Ceibo, y de haber salvado del inminente riesgo corrido en el asalto, aun tenía ánimos para persistir en su intento de prestar sus servicios a la revolución. Esta pertinacia es digna de encomio, y habla elocuentemente del firmísimo propósito de aquellos hombres, para quienes eran pocos todos los contratiempos, con tal de llegar al fin deseado: provocar una regeneración en el gobierno de su patria.

Con el propósito de recuperar la cañonera «Artigas», el Comité intentó hacer valer los derechos de beligerantes de los revolucionarios. A tales efectos el doctor Juan Coustau presentó un bien fundado escrito al Juez Federal, solicitando la libertad de los tripulantes, y la entrega de la nave. Mientras se tramitaba el expe-

diente, el Ministro de la Guerra argentino ordenaba la libertad de los prisioneros, y la entrega del buque al gobierno uruguayo. Este acto dice elocuentemente cuál era la neutralidad que aparentaba el presidente argentino doctor Evaristo E. Uriburu.

En cambio, el doctor Bernardo de Irigoyen se interesó por la devolución de la nave a los revolucionarios, afirmando que sólo por encontrarse en receso las cámaras, podría consumarse el atentado. El Comité Radical de Buenos Aires dió a publicidad el documento que transcribimos, que, aparte de ser una severa sanción a la actitud del gobierno argentino, revela la profunda simpatía que la causa revolucionaria despertaba en la opinión pública del pueblo hermano:

«El Comité de la capital de la Unión Cívica Radical, protesta en su carácter de representante de una colectividad política, contra la actitud abusiva del Poder Ejecutivo Nacional, al apoderarse y hacer entrega del buque de guerra «Artigas», con violación de los principios del derecho internacional, y en beneficio directo de uno de los beligerantes de la República Oriental del Uruguay. Resuelve a la vez se haga pública esta condenación, por una parte del pueblo argentino, a la política vacilante y estrecha de camaradería en el caso presente, como desagravio a aquéllos a quienes se ha herido en su derecho, quizás por no encontrar ya ninguno dentro de la patria que no haya sido conculcado. — *Carlos Vega Belgrano,* Vicepresidente; *Herminio J. Qui-*

rós, Fernando Mazza, Benito Eizaga Place, Camilo Canaveris, Secretarios».

Los restos mortales de Acuña y Rodríguez fueron trasladados a Buenos Aires, cuyo pueblo les tributó un sentido homenaje. Ahora el H. Directorio del Partido Nacional ha prometido repatriarlos —y así lo hará— acto que dará lugar a que la población de Montevideo ofrezca el suyo a los nobles caídos. ¡Son dos héroes que entrarán a la Patria, y que representan el más auténtico valor de la raza!

El señor Gotusso ha hecho plausibles gestiones —hasta ahora sin resultado— para averiguar el sitio en que está sepultado Castagnetto, en Zárate, para repatriar sus cenizas junto con las de sus nobles hermanos.

El Ministro alemán en Montevideo reclamó los restos de vos Drostt, que resultó pertenecer a una noble familia, y a quien correspondía el título de conde. ¡Y pensar que cuándo el señor Gotusso lo encontró en la Boca estaba de fogonero en un barco!...

El episodio que dejamos ligeramente reseñado, constituye la más culminante acción marítima llevada a cabo en la parte Sur del continente americano, y si fuéramos a buscarle parangón, solamente podríamos encontrarlo en las audaces hazañas del Almirante Cochrane, aquel lobo irlandés que —como Brown en el Plata y el Atlántico— escribió brillantes páginas de historia, luchando por la independencia de Chile y del Perú, en aguas del Pacífico. Los hermanos paraguayos también tienen epi-

sódios como éste, consumados contra la Triple Alianza, cuando enfrentaron a la escuadra enemiga —teniéndola a raya— con débiles lanchas artilladas.

El abordaje de la «Artigas» no revela menos gloria que esas acciones, y constituye una de las cumbres del heroismo nativo.